

NOEMÍ VALIENTE

El mismo azul

Con fotografías de
MANUEL MATA



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— ANAQUEL DE NARRATIVA, n.º 27 —
MADRID • MMXXI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento. Así como el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Del texto © NOEMÍ VALIENTE

Fotografías de cubierta e interiores © MANUEL MATA

De la edición © Cuadernos del Laberinto

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Edición ortoestilística: ADOLFO CARRASCO

Diseño de la colección: Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Primera edición: abril 2021

I.S.B.N: 978-84-123537-2-3

Depósito legal: M-9565-2021

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

La conexión con nuestros abuelos está hecha del mismo material que las historias hermosas.

Teresa y Juan, Rosario y Ángel, sobre vuestras huellas se renueva la vida.

Ningún color cabe en un solo nombre. Ninguna vida.

www.cuadernosdelaberinto.com/

Í N D I C E

Capítulo I. ¿Guiomar?	pág.	9
Capítulo II. Final del verano, ocho y nueve años	pág.	15
Capítulo III. ¿Será aún tan potente su risa?	pág.	27
Capítulo IV. Final del verano, nueve y diez años.	pág.	39
Capítulo V. ¿Cómo explicarlo?	pág.	53
Capítulo VI. Final del verano, diez y once años		
Primera parte: Novio. Novia. Noviazgo	pág.	63
Capítulo VII. ¿Qué me responderá ella?	pág.	79
Capítulo VIII. Final del verano, diez y once años		
Segunda parte: Cartera. Cartas. Cartearse	pág.	90
Capítulo IX. ¿Volver a las travesuras?	pág.	113
Capítulo X. Final del verano, once y doce años		
Primera parte: Cocina. Cocinera. Cocinar	pág.	127
Capítulo XI. ¿Veneno o antídoto?	pág.	141
Capítulo XII. Final del verano, once y doce años		
Segunda parte: Lectura. Lectoras. Leer	pág.	153
Capítulo XIII. ¿Por un par de rosas?	pág.	161
Capítulo XIV. Final del verano, doce y trece años		
Primera parte: Buscar. Encontrar. Reencontrar	pág.	177
Capítulo XV. ¿Perder algo más que el control?	pág.	185
Capítulo XVI. Final del verano, doce y trece años		
Segunda parte: Horror. Horrible. Horrorizase.	pág.	205
Capítulo XVII. ¿Enmendar el pasado?	pág.	223

www.cuadernosdelaberinto.com/

¿Guiomar?

Capítulo 1



www.cuadernosdelaberinto.com/

En el semáforo de la Avenida Liberdade noto un sobresalto al cruzarme con una joven de abrigo multicolor. La visión de la chica prende un fósforo en mi memoria. Me vuelvo con brusquedad. La gente no espera ese giro en medio de su propia premura y algunos chocan contra mis hombros huesudos. Saco los codos; es un truco que he aprendido de mayor para defenderme en medio de las multitudes. El abrigo de la chica se absorbe entre otros muchos. ¿Es Guiomar? Llevamos tanto tiempo sin vernos que no puedo asegurarlo. Otro impulso me sacude y comienzo a seguir a esa chica. ¿Guiomar? En el cruce con la Rúa Das Pretas esquivo al vendedor de castañas. Él me mira, me reconoce y casi se atreve a sonreír. El olor me envuelve y ata un lazo en mi estómago. Las cáscaras entran en pugna por dentro y por fuera de mí. Aunque esta vez no puedo detenerme. Mis dudas han dado cierta ventaja a la chica y en el siguiente cruce estoy a punto

de perderla, pero su abrigo es demasiado llamativo y los colores se mueven ante mí: amarillo, naranja, verde. Rojo, morado, destellos en rosa. Azul hielo, azul mar. Azul esmeralda. Verde esmeralda en transición a verde dorado. Verde aguacate. El amarillo de las estrellas en las noches sin luna. Gris del agua sucia de una granja. Y entre todos, el blanco.

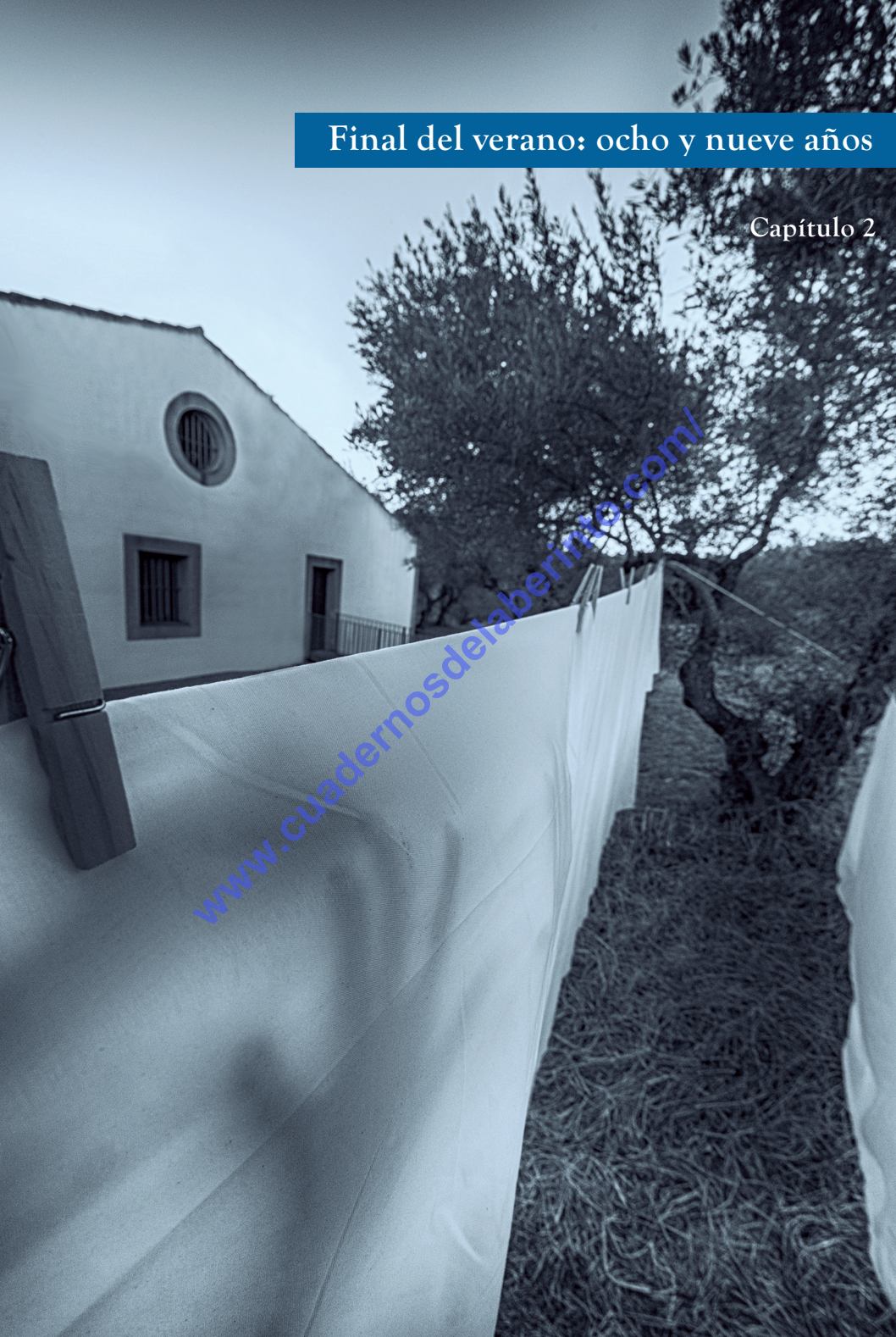
Caminamos en sentido descendente, hacia el abrazo entre el Tajo y la ciudad. Lisboa se sacude a la hora del almuerzo y después comienza de nuevo, como si cada día en esta ciudad fueran en realidad dos. Ahora ella, ¿Guíomar?, cruza la acera y orienta sus pasos hacia el barrio de Alfama. Lisboa hace la digestión. El comienzo del otoño es amable. La ciudad bulle en pociones de alquimia y todo tiende a convertirse en oro, pero antes se formarán mil matices de cada color. Miro mi diminuto reloj de muñeca y me pregunto qué hacer. Las tres y veinte. Está a punto de empezar el nuevo día de la ciudad portuguesa. La tarde comienza con la misma fuerza o incluso más que la mañana. No está escrito en ningún sitio, nadie lo dice pero yo lo sé. La tarde es otro amanecer en Lisboa. Es algo que percibo y que se escapa a la hora oficial de países o líneas meridianas. Creo que existen relojes en nuestro interior que no saben de números ni sistemas de medida. ¿Qué hago

siguiendo a una desconocida? Casi me asusto al reparar en mi atrevimiento. Recuerdo la osadía que me contagiaba Guiomar y eso me hace pensar que es ella. Como si su cercanía, su aura, me siguieran atrapando. Pero la chica camina veloz y la pendiente se acentúa por momentos. Sigo sus pasos sin olvidar que la reunión a la que me dirigía comienza a las cuatro. Si no doy la vuelta llegaré tarde y no puedo permitirlo. Nunca me había ocurrido hasta hoy; este sobresalto, esta sacudida. La chica no ha mirado atrás ni una sola vez. Camina como si un viento aliado la llevase de puntillas, como si no hubiera reparado en la fuerte pendiente. El corte de pelo, la nuca respingona. Sigo con la sospecha que ha alborotado mi pulso y mi corazón; podría ser ella. Pero al mismo tiempo dudo; ¿se trata de otra persona? ¿Cómo puedo aún recordar su rostro? ¿Cómo puedo saber qué aspecto tendrá ahora? Tal vez sea mi inconsciente el que esté inventando un rostro. Puede que me equivoque y me aferre a un saliente en el acantilado de mi memoria. Mi niñez es ahora un paseo al límite del vacío.

www.cuadernosdelaberinto.com/

Final del verano: ocho y nueve años

Capítulo 2



www.cuadernosdelaberinto.com/

ESCONDITE. ESCONDRIJO. ¡ESCÓNDETE!

Guiomar instaba a Poly a esconderse con frecuencia. Las dos niñas salieron al patio trasero desde la cocina. Era la hora del letargo para Antonia y María, el personal de servicio, pero no para las niñas porque doña Hipólita no era partidaria de las siestas. Doña Hipólita y sus nietas pasaban las sobremesas leyendo en la biblioteca de la mansión. Pero aquel día la abuela se había retirado a su despacho para atender una correspondencia urgente y las pequeñas se escabulleron al patio de atrás. El ancho patio, con sombra después del mediodía, estaba sometido a un estricto orden. La abuela tenía asignado un rincón para cualquier utensilio u objeto que había en «Las Sierras». Ni siquiera en el patio trasero del caserío permitía la señora que hubiese objetos amontonados sin un objetivo. Los aperos innecesarios no se dejaban olvidados en un rincón, se tiraban sin titubear.

Los jueves era día de colada en «Las Sierras». Se mudaba la ropa de las cinco camas y la montaña de sábanas era llevada al patio de atrás para lavarla a mano y ante el sol con el agua que salía del pozo. Antonia y María frotaban las sábanas contra una pila labrada con surcos. Doña Hipólita llegaba después, en el momento de tender. Su mirada era rigurosa. Si había algún color que no fuese el blanco, lo señalaba en voz alta. Algunas veces, si extendía el dedo índice, las sábanas se descolgaban y de nuevo volvían a la pila. Entonces el pozo era perturbado de nuevo. Otras, si subía la mano y la dejaba caer, la mancha podía quedarse hasta el siguiente jueves.

Las niñas se sentaron en los bancos de piedra del patio. El aire fluyente y hemorrágico del final del verano hacía que todo se moviese. Pero ellas siempre se abrían paso a través de las frías corrientes; cortaban los dibujos del aire. Guiomar al frente y luego Poly. Poly después.

—Vamos Poly, escóndete. Las sábanas son el laberinto del Minotauro. ¿Recuerdas esa historia?

—Pues claro. Nunca olvido las historias que leemos con la abuela. ¿Tú quieres ser el Minotauro? —Poly se subió las gafas—. Si nos ven correr entre la ropa tendida, la abuela nos castigará.

—¡Sí, yo soy el Minotauro y tú eres la doncella! No van a salir ahora; ya han revisado la colada. ¡Vamos! —Guiomar arrugó la nariz y cogió una escoba—. Esta es la espada del Minotauro.

Saltó y pinchó a Poly entre la espalda y el costado.

—¡Ay, me has hecho daño! —Poly retrocedió y se apoyó ligeramente en la sábana.

Vino una corriente de aire y la sábana la envolvió para mojarle el pelo, castaño claro, liso y corto. También humedeció su flequillo interminable. Los cristales de sus gafas perdieron nitidez con la humedad.

—¡Escóndete ya! —Le apremió Guiomar.

—Pero, ¿y si manchamos la ropa limpia?

—¡Qué tontería, Poly! Si nosotras estamos limpias. Contaré hasta veintitrés.

—¡No, hasta treinta! Veintitrés no es múltiplo de nada.

—¿Múltiplo? ¡Qué tontería! —Guiomar rió como si le perdonase una impertinencia-. El Minotauro puede contar hasta el número que le de la gana.

Poly corrió de puntillas concentrada en que no se le abriese la boca, en no hacer ruido, en que su corazón no le delatase. Trataba de no rozar las sábanas. La humedad del

patio y el nerviosismo le hacían tiritar. La ropa tenía sus fibras tensas, como si aún estuviera pendiente de la inspección de Doña Hipólita. Poly se detuvo. Miró al trasluz de la ropa tendida. Guiomar ya había llegado al veintitrés y no se oía nada, salvo el viento entre las sábanas. Poly sujetaba cualquier ruido con los músculos tensos. Tragó saliva. Tragó más. Después le subió un eructo que dejó escapar. Se giró indecisa; una vuelta sobre su propio eje. Guiomar recorrió primero uno, después otro pasillo de sábanas enormes, bamboleantes, tensas y combas. Avanzaba sin detenerse ni vacilar en su búsqueda.

—Poooolyyyy —Guiomar puso la voz grave.

Poly encogió los hombros en un gesto ácido, amago de escalofrío. Miraba alrededor buscando otro escondite. Con Guiomar todo era emoción y sobresaltos; burbujas y chinchetas. Diversión, pero también remordimientos. Se subió las gafas de concha. Pesaban, se deslizaban por el tobogán de la nariz pequeña. Las subió con un gesto depurado. Que no estuvieran en su sitio siempre era un fastidio. La miopía no incordiaba si las gafas se quedaban pegadas a los pentágonos de sus pómulos. La respiración de Poly quería escapar. Su corazón martilleaba y en su nerviosismo el juego le parecía